

EL POETA TRADUCTOR: DAVIDE RONDONI

Alessandra Pelizzaro¹

Recebido em 15/09/2017. Aprovado em 18/10/2017.

Resumen: El presente trabajo se propone examinar el pensamiento sobre la traducción poética de Davide Rondoni, uno de los mayores poetas italianos contemporáneos, también autor de teatro y traductor. El artículo toma en consideración y compara los estudios, específicos sobre el tema, de Benjamin, Derrida y Ricoeur empezando desde el análisis del texto traducible por excelencia, es decir, la Sagrada Escritura, llegando a la conclusión que el acto de traducir se hace cargo de dar voz a las huellas ancestrales perdidas de los tiempos de Babel para llevar a cabo la exigencia de la traducción como supervivencia. En conclusión, a través de algunos escritos del poeta, la traducción se manifiesta, para Rondoni, como un encuentro, una relación que surge por la misma tensión que anima la poesía y que prevé el riesgo pero también la humildad de saber percibir la voz del poeta, una obediencia que a lo largo permite al traductor convertirse en verdadero autor y superar el límite concreto y el misterio de las palabras para acoger y acercarse al otro en todo su ser y en primer lugar a través del lenguaje.

Palabras-clave: Traducción. Poesía. Identidad. Supervivencia. Babel.

Y puse mi voz al servicio de la suya.
Davide Rondoni (2010b).

El objetivo de este breve estudio es investigar cómo Davide Rondoni², uno de los mayores poetas italianos contemporáneos, también autor de teatro y traductor que piensa la traducción poética a través de algunas de sus breves reflexiones que “hunden sus raíces en

¹ Doctora en Lengua y literatura hispanoamericana en la Universidad Ca' Foscari de Venecia. Sus áreas de investigación incluyen el género epistolar y la escritura autobiográfica y luego la vida, la escritura, y el yo y la relación entre la narrativa, la memoria y la historia. También se ocupa de la gestión del conocimiento y metodologías de formación y colaboración. Ha llevado a cabo actividades de tutoría y docencia en la Universidad Ca' Foscari. Es profesora de español en la escuela secundaria.

² Davide Rondoni es un poeta nacido en Forlì (Italia) en 1964. Entre sus poemarios se destacan *Apocalisse amore* (Mondadori, 2008), *Avrebbe amato chiunque* (Guanda, 2003), *Compianto, vita* (Marietti, 2001), *Il bar del tempo* (Guanda, 1999), *Rimbambimenti* (Raffaelli, 2010), *Si tira avanti solo con lo schianto*, (Whyfly, 2013), con los que ha ganado algunos de los principales premios de poesía en Italia. Fundó el Centro de la poesía contemporánea de la Universidad de Bolonia que dirige y la revista *clanDestino*. Contribuye a programas de poesía en la televisión (RAI y TV2000) y algunos periódicos como columnista. Es autor de teatro y de traducciones de Baudelaire, Rimbaud, Péguy entre otros.

un trabajo desordenado, a veces casual” (RONDONI, 2010d), comparándolas con el pensamiento de Benjamin, Derrida e Ricoeur.

Davide Rondoni ha traducido obras de Baudelaire, Rimbaud, Péguy y otros. Su necesidad de traducción es un “leer intensamente” (RONDONI, 2010e, p. IX) para restituir aquel movimiento originario a la obra y entrar en intimidad con el autor, quedándose casi sin aliento “muchas veces, muchas veces al poner esta traducción, aunque regresando a textos ya traducidos hace quince años, perdí el aliento. Me arremolinaba en la cabeza y en el alma una fuerza que proviene del perfecto y misterioso ritmo del verso alejandrino” (Rondoni, 2010e, p. IV). Su exigencia de traducción surge del anhelo de traspasar el confín de las palabras y es, en primer lugar, fuente de esperanza porque atesta el acto de estar vivo: “Hasta que se traduce hay esperanza. Por lo que la traducción bien hecha es una virtud constructiva” (RONDONI, 2017b, p.79).

Esta breve premisa parece útil para introducir un breve texto titulado “El solluna de la traducción” en el que Davide Rondoni resume sus ideas fundamentales sobre la traducción afirmando que

si la torre de Babel no fuera la primera de nuestras grandes torres derrumbadas, habríamos evitado la fatiga de la traducción. La cual es aceptable, con su fracaso y entusiasmo, sólo reconociendo que no, no estamos en el paraíso. La mayoría de los malentendidos sobre la traducción (y no solo estos) surge de no querer aceptar esta evidencia. Es decir, estamos en el límite, la criatura humana experimenta un estado límite que la marca hasta la experiencia más íntima y libre: las palabras intercambiadas con el semejante. Cuando estas palabras se iluminan, se movilizan para aquella “tensión” que Ungaretti decía que era el verdadero milagro del lenguaje poético, y la necesidad y la aventura de traducir se vuelve extrema. Y espectacular. Es imposible, decía Dante, transformar en otros idiomas palabras “per legame mosaico armonizzate”. Y, por supuesto, si nos referimos a la traducción como la eliminación de las diferencias, como decir “casi la misma cosa”, cada traducción es sólo una traición. Pero la traducción no es esta banalidad. Y Dante - que traduce y vuelve a resonar muchos versos de otras lenguas en su comedia - como todos los poetas auténticos sabe bien que el objetivo de una traducción no es perseguir el sueño imposible de anular las diferencias. La traducción es un encuentro. No se trata de perseguir un irreal grado cero de diferencia. Más bien. La experiencia de la traducción nos da lo contrario del afinamiento. Nos ofrece desastre y amor. Cada poeta es consciente de ello, e incluso los traductores saben que, si auténticos, comparten la feliz aflicción de ser escritores. (RONDONI, 2010b).

Así que la traducción aparece como un límite que hay que superar y es, antes de todo, un encuentro. Rondoni (2017b, p. 78-79) también destaca el hecho de que no estamos en paraíso donde no habrá necesidad de traductores y la traducción es un trabajo adicional a todo lo que se perdió desde los días del Génesis cuando “no tenía entonces la tierra más que un solo lenguaje y unos mismos vocablos.” (BIBLIA, Génesis, 11,1, p. 29). Ricoeur recuerda el relato en el Génesis sobre la torre de Babel: “porque allí fue confundido el lenguaje de toda la tierra: y desde allí los esparció el Señor por todas las regiones.” (BIBLIA, Génesis, 11,9, p. 29), que nos “induce más a imaginar una supuesta lengua paradisiaca perdida” (RICOEUR, 2001a, p. 12) y la consiguiente exigencia de la traducción. Pero, según Derrida (1985, p. 1) “no figura solamente la multiplicidad irreductible de las lenguas. Exhibe un inacabamiento, la imposibilidad de completar, de totalizar, de saturar, de acabar... una incompletud de la constrictura”. Traducir se convierte entonces en una necesidad para recuperar algo perdido y esta necesidad es, según Ricoeur (2001a, p. 18), también un deseo que siempre ha animado poetas, escritores y pensadores: “ansia irrefrenable de traducir?”.

Y Rondoni (2010b) la describe como “Desastre, fiesta. Una caza infinita. La traducción es la condición en que estamos”. Así que la traducción parece una condición eterna en que vivimos sumidos, en perenne tensión para sobrepasar el aislamiento de y entre las palabras. Como afirma Ricoeur (2001a, p. 18)), el deseo irreprimible y necesario por lo tanto “va más allá de la obligación y de la utilidad”, porque

puesto que la traducción existe, forzosamente será posible. Y si es posible, ello se debe a que, bajo la diversidad de lenguas, existen estructuras ocultas que, o bien contienen la huella de una lengua originaria perdida que hay que encontrar, o bien están formadas por códigos a priori, por estructuras universales, o como se suele decir, trascendentes, que deberemos poder reconstruir. (RICOEUR, 2001a, p. 14).

A este propósito se considera útil relacionar el concepto de trascendente de Ricoeur a la perspectiva de Benjamin que, en 1923, publica su traducción de los *Tableaux Parisiens* de Charles Baudelaire acompañada de “una poderosa meditación” (RICOEUR, 2001a, p.1) sobre la tarea del traductor en que afirma que la Sagrada Escritura, es decir, la biblia, es el texto traducible por excelencia puesto que “La versión interlineal de los textos sagrados es la imagen primigenia o ideal de toda traducción” (BENJAMIN, 1971, p. 143). Derrida

(1985, p.18) al comentar el pensamiento de Benjamin afirma que su ensayo “se despliega por entero entre lo poético y lo sagrado, asciende desde lo primero a lo segundo” en consecuencia “La escritura sagrada, pues, se convierte en modelo y límite de toda escritura,...en su ser-para-ser-traducido”.

El texto sagrado asigna su tarea al traductor reivindicando la traducción porque encarna el modelo puro de la traducibilidad (DERRIDA, 1985, p. 26), el prototipo a partir de que se podrá avalorar la traducción poética. Derrida (1985, p. 27) acentúa el pensamiento de Benjamin y escribe

Lo que ocurre en el texto sagrado es el acontecimiento de una falta de sentido (as de sens). Y esto acontecimiento es también aquel a partir del cual se puede pensar el texto poético o literario, el que tiende a recuperar lo sagrado que se ha perdido y que se traduce en él como si fuera un modelo. Falta de sentido no significa pobreza, sino falta de sentido que sea también sentido, fuera de una "literalidad". Y en esto consiste lo sagrado. Se libra a la traducción que se entrega a él. Lo sagrado no sería nada sin la traducción, y ella no tendría lugar sin él; uno y otra son inseparables.

Si los textos sagrados son los textos por antonomasia hay que subrayar también, como enfatiza Rondoni, el pensamiento de C.S. Lewis que aconsejaba no tratar la Biblia como literatura “ya que sólo hay excepciones en ella, porque es una Escritura de acontecimientos, es decir, no se puede establecer reglas” (RONDONI, 2010d). El poeta llega a la conclusión que

si la Escritura es un gran código para cada gesto poético, lo es no como un reservorio o hipotexto, sino como una invitación a que la palabra poética constituya un acontecimiento. La tensión es la señal de que la palabra poética trata de no ser sólo un lenguaje. (RONDONI, 2010d).

Esta tensión que anima la palabra es la que avivó el poeta Rondoni a emprender la aventura de aproximarse a textos sacros y realizando una traducción poética de los Salmos, basada en textos griegos y latinos, donde refiere que ha seguido el consejo de Leopardi

de ser libre y no caer en la tentación de replicar... Es cierto, sin embargo, que el rey y el salmista tenían claramente la conciencia de componer sus textos frente a Dios, ante el Misterio infinito que hace todas las cosas. (RONDONI, 2010d).

La traducción es, pues, para Rondoni una interpretación que va más allá de la mera fidelidad lingüística en que el poeta interviene en una reescritura íntima y personal del texto después de haber enfrentado “numerosos problemas rítmicos, lexicales, de transposición metafórica y de comprensibilidad para reescribirlas como escribo yo. Acción ciertamente cuestionable pero tal vez menos arbitraria que otras aparentemente más fieles” (RONDONI, 2010d).

Método que encuentra correspondencia perfecta en el pensamiento de Bonnefoy (2004, p. 73, traducción nuestra) que explica cómo el lector decidiendo traducir la poesía

sabe que la poesía es un acto que se debe traducir y que esto solo sería posible si deja de ser un receptor pasivo cogiendo su propia existencia: en una escritura que ahora es suya, mientras que a la del poeta que tiene la intención de traducir tendrá el papel de huésped acogido, de guía. El poeta traductor debe ser un poeta, con las mismas obligaciones hacia sí mismo que el autor. Es por esta razón que él no es el lector ordinario, el que no piensa traducir. Es más. ¿Más? Digamos que es una tarea más exigente.

Esta exigencia es la misma que Rondoni trae a la mente volviendo a coger un pensamiento de Ungaretti cuando declaraba que el prodigio de la poesía es “la tensión que lo anima. Probablemente esta tensión, este tenderse del lenguaje es nuestro misterio, y nuestra única virtud” (RONDONI, 2010d). Este misterio también envuelve al lector en un encuentro con el texto que apoya sus raíces a un nivel gnoseológico antes que crítico. El lector se convierte en poeta:

Aquellos que no saben cuál es la experiencia de la poesía (que no es sólo la del escritor, sino que es lo que sucede en el encuentro entre el texto y el lector, poeta mismo pues) pueden sentir estas cosas como genéricas. En cambio, creo que es necesario seguir pensando, incluso en el sentido de la reflexión, en este nivel del problema. Lo cual, por supuesto, arrastra cada discusión literaria a un nivel que podríamos decir antropológico o religioso, o de todos modos gnoseológico. Abstenerse de este nivel significa que la literatura se encierra en un archivo, confiar en la erudición especialista y, en última instancia, construir su marginalidad. (RONDONI, 2010d).

Y esta consideración vale más por el poeta o escritor traductor: “no es casualidad que a menudo las traducciones más bellas son de buenos poetas” (RONDONI, 2017b, p. 79). La tensión prevé el riesgo pero también la humildad de saber percibir la voz del poeta, una obediencia que a lo largo permite al traductor convertirse en verdadero autor:

No se puede traducir sin aceptar el riesgo total. La voz en la voz. Así es como decir cuerpo en cuerpo, alma en alma. No es cierto que traducir significa traicionar, pero como la experiencia de escribir poesía (y amor) es inventar obedeciendo. [...], por lo que el traductor tiene que ob-audire, escuchar la voz del poeta que tiene en sus manos. Una obediencia que busca poner en juego toda libertad e invención. Una voluntad de exilio, una creciente desaparición. Por esta razón, el traductor se convierte en un auténtico autor y no en un accesorio de la literatura. (RONDONI, 2010b).

La traducción se convierte en un acto que implica no solo un proceso lingüístico sino un conjunto de relaciones encadenadas con la historia y la supervivencia. Derrida (1985, p.17) subraya ese movimiento como movimiento de amor:

sigamos ese movimiento de amor, el gesto de ese amante (Liebend) que obra en la traducción. No reproduce, no restituye, no representa, en lo esencial no vierte el sentido del original, salvo en ese punto de contacto o de caricia, infinitamente pequeño del sentido.

Asimismo, Rondoni (2010d) lo define como “un problema de amor” que requiere “la urgencia de reflexionar” de manera que el proceso lingüístico se expresa en la traducción a través de un pasaje “afectivo” que marca la huella en la historia destacando la subsecuente supervivencia y dándole valor eterno:

es la poesía que es capaz de llevar el signo de los asuntos humanos más profundos. Nunca serán los cartógrafos de la historia o los cartógrafos de la ciencia los que encuentren la huella más profunda de los asuntos humanos, será siempre el arte, siempre va a ser el arte. Por lo que esta poesía, en el mismo momento en el que dice algo doloroso, conduce también al eterno el valor de esta cosa. (RONDONI, 2010c, p. 6).

La traducción se configura como un movimiento en devenir con la tarea de volver a apropiarse del lenguaje puro, del pasado del que procedemos, y para eso ya está en nosotros. Así Rondoni (2010d) cree que

lo que se necesita es investigar el vínculo [...] entre amor y ritmo, entre amor y devenir, es decir, la tensión del lenguaje poético. Amar este movimiento significa amar la propia lengua, su herencia, entendida no como repertorio sino como energía. Lo ha recordado en algunas páginas recientes de autobiografía poética y cultural un gran poeta que vivió en la duplicidad de su patria y lengua como C. Milosz. Así que la diferencia, la diferencia apasionante que marca la relación entre el texto de un lenguaje y su traducir, así como, análogamente la relación entre un “yo” y un “tú”, interminables entidades y nunca exhaustivamente traducibles, no es la razón de un desánimo impotente, sino un asunto emocionante para el acercamiento, para la relación infinita también.

Por lo tanto, parece relevante reanudar la etimología latina de la palabra *traducĕre* en el significado de “trasladar, traspasar, hacer pasar de un lugar a otro”, ir más lejos para llegar a lo que Benjamín (1971, p.135) llama “lengua pura”, esa huella que puede emerger en la traducción dando voz a lo invisible:

La verdadera traducción es transparente, no cubre el original, no le hace sombra, sino que deja caer en toda su plenitud sobre éste el lenguaje puro, como fortalecido por su mediación. (BENJAMIN, 1971, p.140).

Si traducir es ir más allá, la interpretación textual adquiere valor como texto nuevo, en simbiosis con el original pero con la contribución propia del traductor consiguiendo una vida renovada, recreándola en perpetuo movimiento gracias al tributo personal del nuevo autor pero decidiendo, dice Rondoni, “ser yo mismo hasta el final” (RONDONI, 2017a).

Este ser sí mismo hasta el final es importante para subrayar la propia identidad que nos distingue como seres vivientes a lo largo del camino personal en la historia: “Nosotros somos vivientes en la traducción. Sólo la muerte es intraducible.” (RONDONI, 2017b, p. 78-79) De hecho

este vínculo imaginado e íntimo de las lenguas es el que trae consigo una convergencia particular. Se funda en el hecho de que las lenguas no son extrañas entre sí, sino a priori, y prescindiendo de todas las relaciones históricas, mantienen cierta semejanza en la forma de decir lo que se proponen. (BENJAMIN, 1971, p. 132).

En consecuencia el original y la traducción adquieren una entidad propia y autónoma y en su supervivencia, como todas las cosas que viven, se transforman.

De esa manera la tarea del traductor “consiste en encontrar en la lengua a la que se traduce una actitud que pueda despertar en dicha lengua un eco del original” (BENJAMIN, 1971, p.137). Redescubrir la unicidad a través de la traducción para dar voz, revelar y desentrañar la historia irreconciliable que ya es historia señalando las posibilidades de cada lengua y las afinidades de cada palabra. “Porque en último término sólo puede determinarse el ámbito de la vida partiendo de la historia y no de la naturaleza, y mucho menos de cosas tan variables como el sentimiento y el alma” (BENJAMIN, 1971, p.131).

Así que el trabajo del traductor, según Benjamín, es transmitir la voz del original que nunca será inmóvil, pero siempre en ese movimiento que le permite recuperar su

peculiaridad primigenia. El deseo de traducir se convierte en un riesgo, una aventura para devolver ese movimiento primigenio que enloquece en busca de la palabra: “Yo también he intentado el riesgo otra vez, después de haberlos traducido hace veinte años como un tonto, ahora, aún más loco, descubro como es aventurero vivir y devolver ese ‘movimiento’” (RONDONI, 2010b)

Por medio de la traducción, el texto tiene así el potencial de sobrevivir, como afirma Derrida (1985, p. 13), sólo vive si sobrevive: “El original se da a si mismo modificándose, su don no es un objeto dado, vive y sobrevive en mutación”. Como afirma Nardelli (2014, p. 104):

para triunfar sobre la muerte, la traducción tendrá que ser un don excedente, llevar a maduración el original, superarlo exaltando sus cualidades, reanudando el proceso de escritura que es un proceso de eliminación, preservación y transformación a dos manos.

El original reivindica la traducción de la misma manera que la vida desea la supervivencia y “hay vida cuando la ‘supervivencia’ (el espíritu, la historia, las obras) exceden la vida y la muerte biológica” (DERRIDA, 1985, p. 10). La traducción es precisamente la dimensión sobreviviente de un texto:

Todo esto se anuncia en el proceso del traductor, a través de la “eterna supervivencia de las obras” (am ewigen Fortleben der Werke) o el “renacimiento infinito del uno”. Esta perpetua reviviscencia, esta regeneración constante (Fort- e Auf-leben) a través de la traducción, no es tanto una revelación, la revelación misma, que una anunciación, una alianza y una promesa. (DERRIDA, 1985, p. 26).

Y es a esto a lo que Benjamin (1971, p. 43) se refiere cuando escribe de la traducción como un arquetipo de *Überleben*, de “vida ulterior” donde todas las características y las capacidades esenciales del original vayan surgiendo: “Porque en su supervivencia [...] el original se modifica. Las formas de expresión ya establecidas están igualmente sometidas a un proceso de maduración”.

La supervivencia es un concepto fundamental que impregna cada instante de nuestro ser viviente, innato en nuestra naturaleza humana, que concierne no solo a la historia y a la memoria personal, sino también a ese límite representado por las palabras que nos impiden capturar la promesa. Esta es la ley primordial que hace necesaria la

traducción para superar ese límite concreto que nos impide acercarnos al otro en todo su ser y en primer lugar a través del lenguaje:

Las palabras están terminadas. Son tan limitadas que hay que traducirlas de un idioma a otro. Las palabras son tan limitadas que no pasan de un idioma a otro. La traducción es la señal del límite, es el signo de nuestra naturaleza. Pero el trabajo del poeta es exactamente el trabajo entre este límite, las palabras, y el infinito del significado de las cosas. Por lo tanto, como naturaleza, como trabajo y también como técnica, como arte, la poesía se lleva dentro este problema de una relación entre lo finito y lo infinito. Por supuesto, esto no hace que los poetas estén más adelante de los otros... Pero es como si se les fueran más sensibles, estuvieran más heridos, más unidos, más maltratados, los más animados con estas cosas. (RONDONI, 2012, p. 1-2).

Y Rondoni añade la importancia del movimiento, acción que puede ser llevada a cabo por los vivos porque todo acto y acontecimiento del pasado es la consecuencia de transcripciones inacabables de la memoria a lo largo de los siglos que son necesarias para recuperar lo que se perdió:

La traducción, dijo Caproni, tiene que salvar el movimiento de la obra. El movimiento que se hace de sentido, de arquitecturas ocultas, de desechos intelectuales y metafóricos. La traducción, en cambio, es la acción de los vivos. De quien, para ser claros, en este lugar que claramente no es el paraíso, debe tener paciencia, trabajar en él, escuchar bien, afinar el lenguaje y la audición...Y lo que somos, lo que los retóricos llaman nuestra civilización, ¿quizás no es el resultado siempre en movimiento de interminables obras de traducción? (RONDONI, 2017b, p. 78-79).

Benjamin (1971, p. 129) reflexiona sobre la necesidad de recordar la esencia de las vidas o de los momentos: “Así podría hablarse de una vida o de un instante inolvidables, aun cuando toda la humanidad los hubiese olvidado”. La traducción crea una “relación íntima” con el original porque trae ya en su esencia la eventualidad de la traducción, volviendo a marcar, como afirma Derrida (1985, p. 15), “la afinidad entre las lenguas, a exhibir su propia posibilidad.

Benjamin (1971, p. 130) la define como “una relación que puede calificarse de natural y, más exactamente aun, de vital”, que legitima su supervivencia hacia generaciones sucesivas.

Esta intimidad en el proceso de traducción poética permite y facilita una toma de conciencia que Bonnefoy (2004, p.73-74) considera fundamental y, quizás, una nueva

percepción de los significantes de los poemas, tal vez inexpresables, es porque el traductor analiza cada detalle y se destaca mucho en cada palabra y tanto porque la lectura del otro se une a la lectura de sí mismo “en un plan donde mejor revela lo que en la vida de un poeta sostiene y define las elecciones de la escritura”.

El poeta traductor quiere sumergirse en este flujo magnífico, tremendo, deseado que va más allá de cualquier explicación reduccionista y más allá de cualquier momento. Este movimiento representa el flujo de todas las cosas en que el poeta traductor se descubre y encuentra su simbiosis en el absoluto baudelairiano:

Y lo absoluto en Baudelaire es conocido y experimentado en el drama de una contradicción, de una agitación del espíritu en la condición de mal. En resumen, en un movimiento que va en contra de cualquier presunción de reducir al hombre a lo que la filosofía, la política, la ciencia o la moralidad quería en su propio tiempo (y el nuestro). Traducir a Baudelaire significó estar de acuerdo con este espléndido y tremendo movimiento. (RONDONI, 2010b).

Traducir es un deseo total de poseer las palabras y las sensaciones vitales que emergen de la obra en busca de una encarnación espiritual y corporal absoluta. Es una lucha que une al lector y al autor, haciéndolos compañeros que buscan el rostro de esa imagen original que se filtra entre líneas:

Otra vez Baudelaire que hay que leer y volver a leer, es decir, traducir. Y sobre todo llevar como un lobo, como alas de mariposa grandiosa y tremenda que se cierran y se abren sobre el pecho. Llevar como una plaga o como un beso que no sabes lo que quiere. Un enemigo que muerde y besa ardientemente. Y revela tu cara, lector “hermano”, en esta lucha. El tuyo, más que su rostro, que permanece velado en el prodigio de melancolía y furia de los versos de este libro de la arquitectura profunda e inconclusa. (RONDONI, 2010e, p. VII-VIII).

El concepto de poesía de Rondoni revela aquel punto de conexión con la búsqueda del significado, esa relación entre lo finito y lo infinito en la que se encuentra el deseo de dar sentido y expresión a las palabras. Esta relación nace siempre de una tensión que es drama y tiene en sí misma la historia, la memoria, la vida que se expresa a través de las palabras:

Porque cualquiera de ustedes que escriba o lea, sabe que el trabajo con las palabras es por la propia naturaleza un problema de relación entre lo finito y lo infinito. Me refiero a que un poeta hace precisamente esta

experiencia: tratar de entrar en contacto con un significado, y el significado es algo sin fin, el significado es algo a que los signos tienden... Por lo tanto, el significado es infinito. Pero lo hace a través de un trabajo con cosas terminadas que son las palabras. Y la poesía siempre nace en esta tensión, en esta chispa, en este drama, entre una cosa terminada que es una palabra: las palabras son cuerpos, tienen una historia, tienen su significado limitado, tienen una vida, tienen un cambio [...]. (RONDONI, 2012, p.1).

La toma de conciencia no es suficiente, vivimos en un estado de carencia y exilio desde los tiempos de Babel donde nuestro límite, siempre actual, está representado por las palabras y este límite exige y nos impone la traducción: “Desde el origen del original que será traducido, hay caída y exilio. El traductor debe rescatar, absolver, resolver, tratando de absolverse a si mismo de su propia deuda” (DERRIDA, 1985, p. 17).

A través de la traducción, no sólo estamos acercándonos al otro, sino también nos acercamos a nosotros mismos por medio del otro. El traductor se hace intermediario entre las palabras y conduce el lector hacia lo que estaba perdido en la confusión creada por Babel dando voz a lo incomprensible. Así que Rondoni (2017a,) afirma que:

Sobre todo hay que salir de la idea de la traducción en general más popular..., según la cual 'el traductor es un traidor' o 'traducir para decir casi lo mismo.' La traducción es otro tipo de trabajo que no es ni el traducir traicionando, ni decir casi lo mismo. Hay que salir de ese paradigma equivocado, porque parte de la presunción de que sea posible una coincidencia perfecta, y dado que no es posible el traductor se percibe como traidor, es errónea esa pre suposición. La traducción es un encuentro, una imitación, pero sobre todo una gran relación. Es un gran hermenéutica. Entonces, ¿por qué tener miedo de la relación? ¿Por qué decir que la relación o es convertirse en textos idénticos o no existe? La relación es seguir siendo fieles a sí mismos hasta el final, que es lo más difícil de hacer en el acto de traducir. La traducción no es imitar el otro para parecerse a él sino entrar en una relación donde se sigue siendo el mismo.

Desvelar las palabras significa ponerse a la escucha; quitarle el velo al misterio del lenguaje presupone entrar en relación y tender la mano hacia el otro para hacerse don a través de la palabra sin olvidar la gracia a través de la cual esto es posible:

Todo lo que hago, en especial cuando escribo, se parece al juego de la gallina ciega: quien escribe, siempre con la mano, aunque se valga de máquinas, tiende la mano como un ciego para tratar de tocar a aquel o aquella a quien pueda agradecer el don de una lengua, las palabras

mismas con que se dice dispuesto a dar gracias. A pedir gracia también. (DERRIDA, 1997, p. 105).

Ricoeur (2001b, p. 40. Traducción nuestra), en uno de sus últimos estudios, sobrepasa este concepto y nos induce a ir más allá introduciendo el concepto de acogida: traducir no consiste solo en dirigirse hacia el otro sino acoger el otro en su diversidad, transportarse en la esfera de sentido de la lengua extranjera porque “tu lengua es tan importante como la mía. Se trata de una fórmula de igualdad. La fórmula del reconocimiento de la diferencia”.

Asimismo la poesía se convierte, para el poeta Rondoni, en algo que certifica su existencia, en un deseo de relación entre algo terminado y que en sí mismo no está aun concluido para comprender su ser con el infinito, un devenir que le permite dar voz a su presencia de la misma manera que lo hace la traducción llevando el signo de las cosas humanas más profundas, enfocando la vida que tiene en sí y que tiene a su alrededor (RONDONI, 2012) y construyendo su identidad en la historia frente al Misterio eterno que hace todas las cosas. (RONDONI, 2010d).

REFERENCIAS

AURIEMMA, Rosa. “La natura del bastardo”, incontro con il poeta Davide Rondoni, 7 gennaio 2017a, Disponível em: < <http://www.laprovinciaonline.info/la-natura-del-bastardo-incontro-con-il-poeta-davide-rondoni>>. Acesso em: 23 dez. 2017.

BONNEFOY, Ives. La traduction de la poésie. **Semicerchio Rivista di poesia comparata**, Florença, XXX-XXXI, p. 62-80, 2004.

BENJAMIN, Walter. **La tarea del traductor**. Angelus Novus, Barcelona: Edhasa, 1971.

DERRIDA, Jacques. **Desvíos de Babel**. Traducción por Jorge Panesi para la cátedra de Teoría y Análisis Literario. Faculdade de Filosofia e Letras da Universidade de Buenos Aires, 1985. p. 1-28.

DERRIDA, Jacques. **El monolingüismo del otro o la prótesis de origen**, Trad. Horacio Pons, Buenos Aires: Manantial. 1997.

NARDELLI, Elena. Derrida e la scena della traduzione. **Esercizi Filosofici**, vol. 9, n. 2, p. 98-109, 2014.

RICOEUR, Paul. El paradigma de la traducción. In: VICENTE, Jesús Rios; VILLAVARDE, Marcelino Agís (Orgs.). **Identidad y cultura**. Reflexiones desde la filosofía. A Coruña: Universidade da Coruña, 2001a. p. 11-24. Disponível em: <<http://ruc.udc.es/dspace/bitstream/handle/2183/11180/CC-68%20art%201.pdf?sequence=1&isAllowed=y>>. Acesso em: 25/09/2017.

RICOEUR, Paul. **Le juste 2**. Paris: Éd. Seuil, 2001b.

RONDONI, Davide. **Contro la letteratura**. Poeti e scrittori. Una strage quotidiana a scuola, Milão: Il Saggiatore, 2010a.

_____. Il soleluna della traduzione. **Davide Rondoni**, 2010b. Disponível em: <<http://www.daviderondoni.altervista.org/portale/saggi-interviste-ed-articoli/55-saggi/552-il-soleluna-della-traduzione>>. Acesso em: 23 dez. 2017.

_____. L'arte mette a fuoco la vita. Letture, figure e musica. "cantami qualcosa pari alla vita". Poeti estremi d'Italia, tra novecento e contemporanei. Con Davide Rondoni, Pietro Beltrani, Francesco Picciano e Luca Violini. **Meeting di Rimini**, Rimini, 25 agosto 2010c. p. 1-8. Disponível em: <<https://www.meetingrimini.org/detail.asp?c=1&p=6&id=5090&key=3&pflix=>>>. Acesso em: 20 dez. 2017.

_____. Sulla traduzione. Un problema d'amore. **Il sole 24 ore**, 6 dicembre 2010d. Disponível em: <<http://www.daviderondoni.altervista.org/portale/saggi-interviste-ed-articoli/55-saggi/519-sulla-traduzione>>. Acesso em: 20 dez. 2017.

_____. Prefazione. In: BAUDELAIRE, Charles. **I fiori del male**. Salerno: Editore Salerno, 2010e. p. XLIV-520.

_____. **La poesia mette a fuoco la vita**. Reading di poesie con Ángel Guinda, Gianfranco Lauretano, Jean-Pierre Lemaire, Davide Rondoni, Rimini, 20 agosto 2012. p. 1-13. Disponível em: <<https://www.meetingrimini.org/default.asp?id=673&item=5477>>. Acesso em: 20 dez. 2017.

_____. **L'allodola e il fuoco le cinquanta poesie che accendono la vita**. Milano: La nave di Teseo, 2017b.

SAGRADA Biblia. Barcelona: Editorial Herder, 1991.

IL POETA TRADUTTORE: DAVIDE RONDONI

Riassunto: Il presente lavoro si propone di esaminare il pensiero sulla traduzione poetica di Davide Rondoni, uno dei più grandi poeti italiani contemporanei, oltre che autore di teatro e traduttore. L'articolo prende in considerazione e confronta gli studi specifici sul tema di Benjamin, Derrida e Ricoeur partendo dall'analisi del testo traducibile per

eccellenza, vale a dire la Sacra Scrittura, concludendo che l'atto del tradurre si incarica di dare voce alle tracce ancestrali perdute dai tempi di Babele per definire l'esigenza della traduzione come sopravvivenza. In conclusione, attraverso alcuni scritti del poeta, la traduzione per Rondoni si manifesta come un incontro, un rapporto che deriva dalla stessa tensione che anima la poesia e che prevede il rischio ma anche l'umiltà di saper percepire la voce del poeta, un'obbedienza che permette al traduttore di convertirsi in vero autore e superare il limite concreto e il mistero delle parole per accogliere e avvicinarsi all'altro in tutto il suo essere e in primo luogo attraverso il linguaggio.

Parole-chiave: Traduzione. Poesia. Identità. Sopravvivenza. Babele.